Globethics Repository



El drama inconcluso de la formación del Estado en la antigua Yugoslavia [The unfinished drama of state formation in the former Yugoslavia]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Vukovic, Zeljko
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-05 14:20:18
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219472

Nueva Sociedad Nro. 147 Enero-Febrero 1997, pp. 56-73

El drama inconcluso de la formación del Estado en la antigua Yugoslavia

Zeljko Vukovic

Zeljko Vokovic: Periodista bosnio, ex-presidente de la Asociación de periodistas de Bosnia-Herzegovina. Actualmente reside en Oslo.

Palabras clave: ex-Yugoslavia, Bosnia, Croacia, Serbia, Eslovenia, Macedonia, Montenegro.

El conflicto en la antigua Yugoslavia debe ser visto como una lucha entre los proyectos estatalistas de los distintos grupos étnicos. Estos proyectos fueron suprimidos en la Yugoslavia de Tito, o neutralizados a través de una política de compensación, que fortaleció al grupo más débil (esloveno) y debilitó al más fuerte (serbio). Las tendencias estatalistas encontraron su oportunidad desde mediados de los 70, cuando se fue abriendo un campo de autonomía e institucionalidad independiente. En los 90, los intereses occidentales –básicamente de Alemania y EEUU– determinaron la evolución del conflicto y sus soluciones, muchas veces de espaldas a la legalidad internacional.

La guerra en el territorio de la antigua Yugoslavia ha sido definida casi exclusivamente como agresión o como guerra civil. Sin embargo, se trata de definiciones que por su «valor de uso» o su finalidad políticos, necesariamente disminuyen o simplifican aquello que definen. Y es que en la naturaleza de las definiciones políticas está el que revelen u oculten la realidad según los intereses de sus autores e intérpretes. Visto así, es comprensible que el pronóstico habitual de los desarrollos futuros en la ex-Yugoslavia influya más en los acontecimientos, que cuanto los prevé realmente.

Una de las dimensiones fundamentales de la guerra en la antigua Yugoslavia, que estas definiciones pasan por alto, aunque ignorándola sea imposible comprender cabalmente lo que pasó, está pasando y pasará, es el conflicto de los proyectos de formación estatal de los serbios, croatas y eslovenos. Sin embargo, el Estado de esos proyectos es mucho más antiguo que el Estado que ellos destruyeron, y más antiguo también que los proyectos de un Estado musulmán o macedonio; proyectos que apenas salieron de su ilegalidad cuando «la comunidad internacional», silenciosa pero claramente, renunció a su obligación de salvaguardar las fronteras reconocidas internacionalmente hasta que

todas las partes en conflicto hubieran llegado a un acuerdo político sobre sus modificaciones.

Tito y su casa yugoslava

Cuando aún sin terminar la Segunda Guerra Mundial, Tito comenzó a construir la nueva Yugoslavia, partió de la idea de que una «federación de desiguales» nunca podría funcionar como una «federación de iguales», y convirtió la debilidad de los grandes y fuertes y la fortaleza de los pequeños y débiles en el principio clave del orden político, económico y social.

Serbia, la nación numéricamente más poderosa, constituía el problema número uno con sus ambiciones de ser Estado. Como en el movimiento guerrillero de Tito el pueblo serbio también había sido mayoría, y había ofrecido la mayoría de las víctimas, era de esperarse que tarde o temprano reclamaría una institucionalización de su posición dominante, así como en la primera Yugoslavia (el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos) los serbios habían disfrutado de una situación privilegiada. Para neutralizarlos, Tito trazó límites internos (límites de las repúblicas) que prácticamente dividían la comunidad serbia en tres partes. Unos cuatro millones de serbios que habitaban en Bosnia-Herzegovina y Croacia quedaron sin conexiones administrativas directas con la república serbia y recibieron el estatus de pueblo nacional en sus respectivas repúblicas. De ese modo, los serbios de Bosnia-Herzegovina y de Croacia se convirtieron en rigor en grupos étnicos propios.

Sin embargo, en comparación con el número de habitantes y los recursos naturales, los serbios seguían siendo con mucho la república yugoslava más poderosa. Para debilitarlos aún más, se crearon las provincias de Kosovo y Vojvodina. Decir que esas provincias se establecieron como consecuencia de sus correspondientes particularidades regionales no corresponde a la realidad. En ese caso, los dálmatas de Croacia, por ejemplo, habrían satisfechos los criterios de una «provincia» tan bien como Kosovo y Vojvodina.

En lo que concierne a **Croacia**, Tito se guió por cuatro criterios para hacer que el peso de «la parte croata» fuera soportable para la federación yugoslava:

- La configuración geográfica de Croacia. Porque en el territorio que le tocó en suerte a la república croata, y que se asemeja a una banana larga y delgada, era difícil imaginarse siquiera una autonomía. Tudjman, el actual presidente croata, tampoco ha resuelto ese problema, pero debido a la guerra con los insurrectos serbios no se habla de ello.

- Como república títere de los fascistas, el antiguo NDH o Estado Independiente de Croacia, había comprometido totalmente la idea de un Estado croata. Tito logró que el pueblo croata no fuera responsabilizado por la política del NDH ni por el exterminio masivo de serbios, judíos y rumanos iniciado por ese Estado. El creía que con esa absolución única, más la recompensa adicional de elevar los vencidos a triunfadores, había comprado la obediencia y la lealtad permanentes del pueblo croata ante la Yugoslavia de Tito.

- La idea de que los serbocroatas, como pueblo nacional en Croacia, serían un obstáculo insuperable para las ambiciones croatas de formar Estado.

- El fraccionamiento de la comunidad nacional croata. Los croatas de Bosnia-Herzegovina se convirtieron en pueblo nacional, y por lo tanto prácticamente en pueblo autónomo.

Para reforzar a **Eslovenia** y nivelarla con Croacia y Serbia, Tito tuvo que privilegiar esa república. Los elementos decisivos del favorecimiento de Eslovenia fueron:

- La gran influencia política de los líderes eslovenos en la federación. Edward Kardelj, Stane Dolanc y otros políticos eslovenos tenían tanto poder y ascendente sobre Tito que podían ejercer una influencia considerable en los asuntos internos de las demás repúblicas, en cambio para los políticos no eslovenos Eslovenia era un coto cerrado al que no se podía entrar sin el permiso de Tito.

- La preferencia económica. Por esa razón la industria procesadora se estableció preferentemente en Eslovenia. En base a la materia prima barata proveniente de las demás repúblicas se elaboraban los productos finales en las fábricas eslovenas, y gracias a ese monopolio se podían vender después en los mercados de las otras repúblicas.

Cuando Tito elevó **Bosnia-Herzegovina** a república, estaba pensando sobre todo en Croacia y Serbia, porque desde la perspectiva del proyecto de formación del Estado de los croatas, el territorio de Bosnia-Herzegovina era justamente ese «vientre» que les faltaba a los croatas (y que había poseído el NDH). Para Serbia ese territorio no poseía el significado existencial que tenía para los croatas, de manera que el sentimiento de pérdida por el establecimiento de Bosnia-Herzegovina como república independiente se limitaba sobre todo a los serbobosnios, que para esa época representaban la mayoría absoluta de la población de Bosnia.

La importancia de Bosnia-Herzegovina en el debilitamiento de los proyectos croata y serbio de formación de Estado adquirió un nuevo

aspecto durante los años 70. En ese período se produjo un nuevo despertar de la conciencia nacionalista en Croacia y Serbia (que culminó en la famosa «primavera croata» y en el «liberalismo serbio»), que significaba automáticamente un peligro para Bosnia-Herzegovina, hasta entonces prácticamente el «Estado» de los croatas y los serbios locales. Para reforzar a Bosnia-Herzegovina como república, Tito elevó la nación musulmana a pueblo nacional y organizó esa república como un Estado unitario de tres pueblos nacionales: los serbios, los croatas y los musulmanes bosnio-herzegovinos. De esa manera obstaculizó la posibilidad de un eventual convenio entre los proyectos de Estado croata y serbio, que sin duda habría significado una división de Bosnia-Herzegovina en dos partes.

Con la fundación de la república yugoslava de **Macedonia**, Tito convirtió a los macedonios en pueblo nacional, un premio con el cual compró la lealtad permanente de los líderes macedonios. En el plan de Tito, Macedonia no sólo se convirtió en un peso importante en la balanza con que el estadista comunista mantenía el equilibrio de poder serbo-croata-esloveno, sino que también tenía significado político en sus planes (nunca consumados) de una federación balcánica.

Montenegro fue sin duda el menor problema de Tito. La adhesión secular y fatal a Serbia convertía al pequeño Montenegro en uno de los hermanos leales de los serbios.

En las tres primeras décadas de su gobierno, Tito consiguió mantener bajo control a los habitantes de su casa e impedir que germinara cualquier posible semilla de formación de Estado. Con el pasar del tiempo los medios de los que se valió –la ideología comunista, el sistema unipartidista, el trágico pasado bélico, la represión, la autoridad personal y el culto a la personalidad, etc.– se mostraron cada vez menos confiables para detener el crecimiento de «plantas formadoras de Estado». Cada vez que uno de los proyectos de Estado ganaba fuerza, Tito se veía obligado a hacer concesiones, y cada concesión fortalecía los demás proyectos.

Tito segó todo lo que crecía sobre la Tierra, pero no fue capaz de prevenir las poderosas raíces subterráneas. Las modificaciones posteriores en la construcción del edificio yugoslavo fueron el compromiso de Tito con esos proyectos «invisibles», pero cada vez más fuertes, dentro de su Yugoslavia. La instalación de una dirección colectiva con una composición repartida por nacionalidad y pertenencia una república, y otras innovaciones de la constitución de 1947, significaron la legitimación y legalización indirecta de los proyectos de formación estatal de las repúblicas.

Con la muerte de Tito comenzaron los conflictos entre estos proyectos irreconciliables. En qué se basaron, qué formas y contenidos tenían, en

qué se basan hoy en día: las respuestas a todas esas preguntas ofrecen el material necesario para una interpretación correcta de los acontecimientos en el territorio de la ex-Yugoslavia.

Eslovenia

Como ya se sugirió, desde el mismo día de su proclamación, la Yugoslavia de Tito fue el mayor éxito logrado hasta entonces en la materialización de los planes eslovenos de formación del Estado. Los límites de la república de Eslovenia eran prácticamente iguales a los límites étnicos, con lo cual el proyecto de Estado esloveno cumplía de una vez con dos condiciones claves para su desarrollo ulterior: un territorio compacto y circunscrito, y una población nacional casi homogénea. Además, el idioma oficial era el esloveno, mientras el serbocroata –o croataserbio– sólo era obligatorio en las comunicaciones a nivel federal. Las instituciones culturales y educativas eran pronunciadamente nacionales, con arreglo a la forma y contenido de su actividad, lo que significaba un privilegio importante. Mientras se censuraba cualquier solicitud de institucionalización de la cultura nacional en Croacia, Bosnia-Herzegovina o Serbia, pues eso se consideraba como la expresión de un nacionalismo peligroso, en Eslovenia prácticamente todo se orientaba por la identidad nacional, desde la historia hasta la cultura, desde las escuelas hasta las autoridades estatales.

En los primeros treinta años de la posguerra la estrategia del proyecto estatal esloveno consistió en aflojar las ataduras federativas y fortalecer la conciencia de la singularidad de su pueblo. Influyentes líderes fueron los iniciadores y creadores de casi todas las enmiendas e innovaciones que afectaron el orden interno de la República Federativa Socialista de Yugoslavia. Que se trataba de una estrategia enteramente calculada lo demuestra gráficamente el siguiente ejemplo. Para fortalecer «la comunidad yugoslava, así como la hermandad y unión del pueblo yugoslavo», Tito impuso la realización de asambleas, encuentros, competencias yugoslavas, en los cuales se demostraba la lealtad a Tito y a la feliz convivencia de todos los yugoslavos. Sin embargo, con el tiempo las delegaciones eslovenas comenzaron a aprovechar la ocasión de esas presentaciones, brindis y discursos habituales para poner en circulación una retórica y una iconografía propias, donde en forma latente pero perceptible surgía la impresión de que los eslovenos eran «buenos vecinos», como por ejemplo los griegos o los italianos, y no «nuestros hermanos» como, por ejemplo, los serbios, croatas o macedonios. Tanto para los eslovenos como para los demás pueblos se hizo evidente que los eslovenos eran «otra cosa».

Tras la muerte de Tito, los líderes eslovenos procedieron a destruir los «valores yugoslavos» y las instituciones federales (desde la Liga de

Comunistas hasta la Asociación de Periodistas). Pero el ataque se realizó bajo banderas falsas. Por ejemplo, en nombre de la lucha por una sociedad civil se pidió terminar con los desfiles militares, reducir el potencial armamentista, introducir el servicio civil, clausurar numerosas instituciones militares, etc. Esas peticiones encontraron oposición sobre todo en Serbia y Montenegro, lo cual produjo un sentimiento antiyugoslavo entre los eslovenos y un sentimiento antiesloveno en los demás. Después de la separación de Eslovenia, los desfiles militares se convirtieron en una demostración muy apreciada del poderío del Estado esloveno, el número de soldados y cuarteles se duplicó en comparación con «la época yugoslava», el servicio civil se volvió impopular, se pusieron en funcionamiento nuevas instalaciones militares, incluso aquellas que el Ejército Popular Yugoslavo (EPY) había cerrado hacía tiempo, etc.

En nombre de la lucha por la libertad de expresión y por una ética profesional se pidió la disolución de la Asociación Yugoslava de Periodistas. Al mismo tiempo, casi sin excepción los medios eslovenos eran propagandísticos y estaban bajo el estricto control de la jefatura eslovena. Sólo más tarde los medios de comunicación croatas y serbios se vieron en una situación similar bajo Tudjman y Milosevic.

La ofensiva del proyecto esloveno, que se fortaleció a mitad de los años 80 y culminó a finales de esa década, obligó a los líderes de los otros proyectos estatales a reaccionar en forma rápida y decisiva, de manera que se desató un conflicto abierto, en el que ya para 1990 intervinieron algunas potencias extranjeras, sobre todo europeas. La decisión del jefe de gobierno yugoslavo, Ante Markovic, durante la crisis de 1991, de mandar unidades prácticamente desarmadas del EPY a Eslovenia, fue tácitamente la decisión de conceder a Eslovenia la separación de la federación yugoslava.

La idea que predomina en todas partes, que el proyecto esloveno de formación de Estado se consumó desde el día en que terminó la «guerra de opereta» contra el antiguo EPY, no toma en cuenta que Eslovenia todavía tiene que luchar con problemas pendientes por asuntos de fronteras y no tiene ninguna perspectiva existencial realmente desarrollada.

La frontera trazada por cartógrafos eslovenos, y que pasa por el mar en Istrien, es claramente diferente de los límites que aparecen en los mapas croatas. Se trata de una disputa que comenzó todavía en los tiempos de Tito, cuando se trazaron los límites internos de la república. Puesto que ni croatas ni eslovenos estaban dispuestos a renunciar ni a un metro cuadrado de mar, Tito obligó a las partes a aceptar un compromiso según el cual el mar disputado sería un territorio «común». La desintegración de Yugoslavia encendió de nuevo la disputa, pero su resolución definitiva se postergó por «intereses superiores»: las dirigencias en Eslovenia y

Croacia llegaron a la conclusión de que un conflicto de esa naturaleza pondría en tela de juicio la credibilidad de su afirmación de que los límites de la república trazados por Tito eran los justos y los únicos apropiados para la división de Yugoslavia.

Igualmente es objeto de controversia una parte de la frontera en tierra firme entre Eslovenia y Croacia. Aunque no se trata de una gran franja de terreno, ninguno de los dos lados está dispuesto a hacer concesiones. En abril de 1995 el Vaticano intervino en la controversia. En uno de los pueblos en disputa, el poder mundano le correspondía a Eslovenia y el poder espiritual a Croacia. El Vaticano separó administrativamente la pequeña comunidad del obispado croata y la adjuntó a la diócesis eslovena más cercana. De esa manera el pueblo disputado se convirtió en totalmente esloveno. Sin embargo, el lado croata (enfrentando también la autoridad del Vaticano) siguió reclamando su derecho sobre el pueblo.

También las fronteras de Eslovenia con Italia podrían ser objeto de litigios a largo plazo. Se trata de límites negociados entre Tito y los italianos después de la Segunda Guerra Mundial con el Convenio de Osim, pero la jurisprudencia italiana no reconoce la validez de ese convenio. El que Eslovenia tampoco pueda desarrollar una perspectiva existencial para el país en el futuro se debe fundamentalmente a la construcción económica de la Eslovenia de Tito.

Para crear en el pueblo esloveno la convicción de que abandonar la comunidad yugoslava sería útil y necesario, la dirigencia apoyó su plataforma política secesionista en varias afirmaciones, entre otras que: 1) en Liubliana se trabaja, en Belgrado se construye; 2) la economía eslovena es totalmente compatible con la de Europa occidental. Habría sido fácil comprobar la falsedad de esas afirmaciones, pero el entusiasmo nacional, la elevada fiebre política cotidiana y los medios de comunicación absolutamente leales a la dirigencia estatal impidieron cualquier polémica al respecto.

Después de su separación de Yugoslavia, quedó demostrado muy rápidamente que la prosperidad de Eslovenia se había debido a la situación privilegiada que disfrutó dentro de Yugoslavia. También se hizo evidente que no podía mostrar ningún producto con el que pudiera competir en los mercados europeos. Sin las materias primas baratas de la antigua Yugoslavia, la producción se volvió considerablemente costosa. La actual reestructuración de la economía eslovena está determinada por intereses capitalistas occidentales, y esos intereses son muy claros: explotar los recursos de Eslovenia al menor precio y en el menor tiempo posible, y aprovechar la circunstancia de que el país tiene que asegurar su supervivencia mediante salarios risiblemente bajos. El nivel de vida de los eslovenos cayó tan estrepitosamente que ahora la meta es alcanzar al

menos la situación que tenían en el último año en que Eslovenia perteneció a la Federación.

Las fronteras sin definir y la pérdida de perspectiva existencial fácilmente podrían ser la causa de que Eslovenia estuviera de acuerdo en ingresar a una nueva comunidad yugoslava. Una comunidad semejante seguramente no iría más allá de una unión aduanera o económica. Pero para la solución de los conflictos en la antigua Yugoslavia, un paso así de Eslovenia (no importa si en dos o diez años) sería muy significativo.

Croacia

Según los estatutos de las Naciones Unidas, sólo es posible el reconocimiento internacional ante creación de un Estado independiente cuando se cumplen tres requisitos fundamentales: un territorio con fronteras no disputadas, una población homogénea (en el sentido de un consenso suficiente para la fundación de un Estado propio) y un gobierno único en todo el territorio.

Para el momento del reconocimiento de la independencia eslovena, croata, bosnio-herzegovina y macedonia, no se cumplían totalmente esas condiciones en ninguno de los casos, ni siquiera en las repúblicas de Eslovenia y Macedonia, presuntamente libres de problemas (como se mostró anteriormente, Eslovenia tenía fronteras en disputa y todavía las tiene; el conflicto entre Macedonia y Grecia por el nombre de Macedonia pone de manifiesto diferencias que van más allá de un mero formalismo).

Sin embargo, la «comunidad internacional», que en realidad es solamente un fluido compromiso de intereses de las grandes potencias, ignoró las disposiciones de los estatutos de la ONU. Con la política de reconocimiento iniciada por Alemania tuvo lugar la derogación de los estatutos de la ONU y de otros documentos del derecho internacional. De ese modo la ONU perdió la función para la cual fue creada. Además se violaron convenios internacionales, sobre todo el de la CSCE (Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, precursora de la OSCE), conforme al cual las fronteras internacionales no pueden modificarse sin el consentimiento de todos las partes involucradas.

Cuando Croacia obtuvo el reconocimiento internacional, no cumplía ninguna de las tres condiciones mencionadas. El interés político de Alemania –y después también de las demás potencias– primó sobre el derecho internacional vigente.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la primera manifestación pública de las ambiciones croatas de formar un Estado ocurrió en 1971. Fue la famosa «primavera croata», cuando la dirigencia, con considerable respaldo del pueblo croata, exigió una extensa institucionalización y

territorialización del concepto de Estado croata. Los análisis posteriores muestran que los nacionalistas croatas no pidieron prácticamente más de lo que ya habían recibido los eslovenos. Pero, como se mencionó, la Yugoslavia de Tito no se basaba en la igualdad de derechos, sino en el equilibrio de fuerzas entre las partes. Para preservar la autoridad de un dictador absoluto, que no perdona ninguna desobediencia pública, Tito castigó a los líderes de «la primavera croata» política y jurídicamente. Al mismo tiempo comenzó a trabajar en una nueva reconstrucción de Yugoslavia con el fin de atajar las fuertes tendencias independentistas. Como esta reconstrucción significaba una concesión que inevitablemente tenía que aflojar las ataduras yugoslavas, Tito necesitó casi tres años para modificar la constitución de manera tal que todos los lados estuvieran conformes. La única oposición pública a la nueva constitución, que fue aprobada en 1974, provino de un grupo de profesores de la Universidad de Belgrado. Todos fueron condenados políticamente y separados de sus cargos –unos por «nacionalistas serbios», porque habían señalado el absurdo de que las dos provincias serbias, Vojvodina y Kosovo, recibieran el estatus de miembros autónomos de la Federación y con ello prácticamente se equiparan con las repúblicas, y otros como «sirvientes de Occidente», porque afirmaron que la constitución destruiría a Yugoslavia.

Hasta la muerte de Tito, los defensores del proyecto independentista croata se quedaron quietos y se limitaron a la táctica de apoyar todas las propuestas eslovenas, pues toda concesión a Eslovenia significaba también un paso adelante para Croacia y les traía más beneficios que perjuicios. Tras la muerte de Tito esa cooperación encubierta entre Eslovenia y Croacia se convirtió en una alianza pública. De esa forma surgió en Yugoslavia una constelación polarizada: de un lado Croacia y Eslovenia, del otro Serbia y Montenegro, en el medio las repúblicas indecisas de Bosnia-Herzegovina y Macedonia.

El proyecto de Tudjman de creación de un Estado croata era una versión un poco más tosca del proyecto esloveno, lo cual ya era problemático, porque Croacia estaba constituida como república del pueblo croata y serbio. Para hacer realidad su Estado nacional, Tudjman enmendó la constitución en 1990, convirtiendo a los serbios en una minoría (los sacó de la constitución como pueblo nacional) y a Croacia en un Estado de los croatas. Esa acción, que dio origen a la primera rebelión de los serbocroatas y a su homogeneización, fue prácticamente ignorada por la opinión pública mundial, aun cuando contradecía completamente la imagen de la «joven democracia croata» difundida por los medios de comunicación, y estaba también en contradicción con los valores y principios que defendían los aliados occidentales de Tudjman.

La historia croata «reescrita», cuyo autor más importante es él mismo, atestigua también que Tudjman estaba totalmente resuelto a excluir a los

serbocroatas. En sus libros, que tienen el estatus de una «biblia croata», Tudjman niega la masacre de los serbios en la época del NDH y rehabilita el Estado fascista de la Ustasha* como «expresión del carácter estatal de Croacia».

Muy sugestiva fue la ausencia de cualquier comprensión por parte de la «comunidad internacional» para el legítimo temor de los serbocroatas en la Croacia de Tudjman –sobre todo considerando que esa comprensión no faltó cuando las organizaciones judías de todo el mundo protestaron por el antisemitismo de Tudjman y su desmentida de las víctimas judías en el NDH (por presión de los aliados occidentales Tudjman se disculpó públicamente y retiró de su libro «Wastelands of History» todos los pasajes cuestionables sobre los judíos). Igualmente sugestiva fue la indiferencia con que la opinión pública mundial aceptó el hecho de que la Croacia de Tudjman se vistiera con los símbolos del NDH. Los serbios de Croacia se encontraron en una situación que para ellos era tan grave como sería, por ejemplo, para los judíos tener que vivir en un Estado cuyo icono más importante fuera la cruz gamada y cuyas calles llevaran los nombres de nazis renombrados. El consentimiento tácito a la rehabilitación de la Ustasha y de sus crímenes hizo posible que Dinko Sakic, antiguo comandante del campo de concentración Jasenovac donde la Ustasha asesinó aproximadamente 700.000 serbios, judíos y rumanos, se convirtiera en un héroe en los medios de comunicación de Tudjman. Cuando le preguntaron por el problema con los serbocroatas Sakic dijo literalmente: «Si lo que hicimos lo hubiéramos hecho sistemáticamente, hoy en día no tendríamos ese problema».

Sin duda el papel de Slobodan Milosevic en la rebelión de los serbios de Croacia es importante, pero sólo en lo que concierne a la dimensión militar, pues por la amenaza y por el miedo a permanecer en la Croacia de Tudjman (la única causa de la rebelión), los méritos le corresponden casi exclusivamente a Tudjman y su dirigencia. Ese es uno de los hechos importantes que tercamente se pasan por alto en los análisis del conflicto yugoslavo.

La Croacia de Tudjman fue desde el principio un proyecto estatal en el que no estaba previsto una existencia igualitaria para los serbocroatas. Los serbios insurrectos nunca van a aceptar a Tudjman. Una reconciliación de esas realidades croatas mutuamente excluyentes sólo sería posible bajo la condición de que Tudjman cambiara radicalmente su proyecto en el sentido de una desnacionalización y democratización, y de

---

* La Ustasha o Ustasi = organización de nacionalistas croatas radicales que asumió el poder en el Estado Independiente de Croacia instituido por Hitler y Mussolini en 1941. Responsable de sangrientas represiones contra serbios y otras nacionalidades en Bosnia y Eslovenia (NT).

que los serbocroatas reconocieran esos cambios como garantías suficientes para su igualdad de derechos y su seguridad física. Al indagar los motivos que han impedido esos cambios no se puede obviar la apreciación de que las personas que hubieran podido conseguir los compromisos necesarios se encuentran fuera de Croacia, en Bonn, Washington y Belgrado. Y es que la dependencia de Tudjman de Bonn y Washington se asemeja a la dependencia de los líderes de los serbocroatas de Belgrado. Tudjman nunca habría logrado su Estado sin ayuda alemana o estadounidense, y sin la participación de Milosevic la rebelión de los serbocroatas habría sido sofocada militarmente desde el mismo comienzo. Pero sin el respaldo alemán y estadounidense Tudjman se habría visto obligado a buscar una solución no militar al conflicto, es decir, a hacer grandes concesiones que le habría costado su poder personal.

Por consiguiente, todos los cambios en el contexto político y militar de Croacia son necesariamente consecuencias de un acuerdo (tácito) de Washington y Bonn respecto de Belgrado. La campaña militar con la que Tudjman ocupó la Krajina fue por lo tanto una traición «concertada» a los serbocroatas que los medios croatas intentaron disfrazar (sin mayor éxito) como la mayor batalla de la armada croata en toda la historia. Tudjman es un éxito o un fracaso en la medida en que Bonn o Washington así lo determinen. Croacia tomará la dimensión y forma que Bonn y Washington deseen. En ese sentido toda discusión de la fuerza, la consumación y las perspectivas del proyecto de Tudjman de un Estado croata carece de valor.

Serbia

Para el pueblo serbio la Segunda Guerra Mundial fue también simultáneamente una guerra civil en la que la parte serbia, orientada mayoritariamente hacia Yugoslavia, venció a las fuerzas nacionales no homogéneas, dentro del marco del movimiento guerrillero comunista de Tito. Esa circunstancia encierra la respuesta a la pregunta de por qué los serbios aceptaron la formación de la comunidad yugoslava de Tito. En la acentuada yugoslavización de los serbios se puede encontrar también la explicación del carácter no nacional que mostró el proyecto de Estado serbio cuando se manifestó (por primera y última vez en vida de Tito) a principio de los años 70. Los autores de ese proyecto –elites políticas, intelectuales y técnicas de la época– pidieron una liberalización institucional de la configuración económica de Yugoslavia, de manera que no era posible denunciarlos públicamente como nacionalistas serbios. Por tal motivo surgió la expresión «liberales serbios», utilizada peyorativamente. Sin embargo, se trataba de peticiones que Tito no podía aceptar, pues una liberalización del sistema económico yugoslavo habría ocasionado cambios que habrían significado inevitablemente el derrumbamiento de Yugoslavia como «federación de iguales», porque

gracias a sus mayores recursos económico y naturales y a la abundancia de población, Serbia habría llegado a dominar muy rápidamente en un sistema de libre competencia. Conciente de esa dimensión del liberalismo serbio, Tito lo etiquetó de «antiyugoslavo» y con eso se ganó al respaldo general de la opinión pública para ajustar cuentas con los liberales serbios; éstos fueron removidos de todas las funciones políticas y económicas.

También el proyecto de Estado de Milosevic se proclamó como un proyecto yugoslavo. La semilla serbia de ese proyecto se encontraba en la petición de una reorganización de Yugoslavia, en la cual los serbios alcanzarían la igualdad de derechos con respecto a las demás repúblicas. En opinión de los serbios existía una desigualdad con las demás repúblicas a causa del cercenamiento institucional de la república Serbia, ya que las dos provincias serbias, Vojvodina y Kosovo, eran parte de Serbia y al mismo tiempo miembros igualitarios de la Federación Yugoslava, o sea que se equiparaban con las repúblicas: una alquimia política que Tito institucionalizó con la constitución de 1974 para que la descentralización de Yugoslavia –que se vio obligado a ejecutar– no le permitiera a Serbia destruir el equilibrio de la federación. Milosevic describió la situación como una injusticia que había que corregir. En esa demanda contó con el respaldo casi unánime del pueblo serbio, para la época francamente pro-yugoslavo, porque la mencionada injusticia se veía como una causa de desestabilización para Yugoslavia. Esto era previsible, pues los dirigentes de las provincias Kosovo y Vojvodina respaldaban siempre la «política confederal» de Eslovania y Croacia en los órganos de la federación. Como consecuencia, en casi cualquier polémica sobre el futuro de Yugoslavia, Milosevic contaba con un derrota aún antes de la votación. Como en esa fase Bosnia-Herzegovina y Macedonia, o bien permanecían neutrales o se unían al criterio de Eslovenia, Croacia y las provincias Kosovo y Vojvodina, el resultado de cualquier votación era de 2 a 4 contra Serbia y Montenegro, con dos abstenciones, o incluso de 2 a 6.

Con las enmiendas constitucionales en Serbia, conocidas como «la revolución antiburocrática», Milosevic se aseguró una rectificación de las relaciones dentro de la federación. En ese sentido instaló jefaturas adecuadas en ambas provincias, que fueron llevadas políticamente a adoptar una «línea serbia» en el parlamento serbio. Así tenía de antemano cuatro votos seguros en toda votación a nivel de la federación (incluyendo el de Montenegro) y con ello garantizaba por lo menos un empate. El pueblo serbio percibió esas enmiendas de la constitución como la rectificación de una injusticia y como un paso político en la lucha por salvar a Yugoslavia. Las advertencias de que esa corrección de una injusticia había originado otra injusticia que era igualmente desestabilizadora para Yugoslavia, no tuvieron ningún eco entre los serbios, sencillamente porque para ese momento las aspiraciones croatas

y eslovenas eran abiertamente antiyugoslavas y para el sentir serbio prácticamente antagónicas.

De este modo, Milosevic construyó los fundamentos de su proyecto de formación de Estado sobre la ***yugoslavidad*** de los serbios, con lo cual tapó el hecho de que su proyecto era tan destructivo para Yugoslavia como el de los croatas o el de los eslovenos. Para poner en evidencia la fachada yugoslava que usó Milosevic se tendría que reconocer en primer lugar que Yugoslavia era impensable como alianza de iguales, al igual que la Unión Europea sólo puede ser una alianza de iguales si se reduce institucionalmente y de antemano el poder y la influencia de Alemania, y se eleva simultáneamente y al mismo nivel el poder y la influencia de Portugal.

En Eslovenia y Croacia no pudieron recurrir a esa fachada porque entonces se habrían desecho de la carta de triunfo más importante con que se atizaba la conciencia nacional en la tierra natal: la afirmación de que en la Yugoslavia de Tito Eslovenia y Croacia no tenían los mismos derechos que los demás miembros de la federación y se las explotaba. Por consiguiente, para los defensores de la independencia eslovena y croata era muy importante invocar una «serbización» del proyecto de Milosevic.

El proceso de «des-yugoslavización» de los serbios comenzó en la época de la «revolución antiburocrática», con la cual Milosevic aseguró su poder personal en las provincias, porque en esa revolución marchó bajo la bandera de la lucha por los serbios amenazados en Kosovo, lo cual obligatoriamente despertó y fortaleció las fuerzas nacionales. Pero ese proceso sólo se aceleró y se impuso cuando los nacionalistas croatas y eslovenos retocaron su «cuadro del enemigo», reemplazando al yugoslavo por un serbio.

Confrontado con la certeza de que los aliados occidentales de Croacia y Eslovenia muy pronto harían posible una separación de esas dos repúblicas, Milosevic se vio forzado a «empequeñecer» a Yugoslavia a principios de 1991. Así renunció a Croacia y Eslovenia -previa deducción de los territorios serbios.

El intento de conservar a Bosnia-Herzegovina y Macedonia en una «Yugoslavia esencial» fue más táctica que estratégica, pues después de la independización de Croacia y Eslovenia estaba claro que la «comunidad internacional» se esforzaría por convertir las fronteras internas de la república en fronteras internacionales. Al renunciar a Bosnia-Herzegovina y Macedonia (ahora más pequeñas por la deducción de los «territorios serbios»), Milosevic convirtió su proyecto en un proyecto serbio. Paralelamente a la transformación de su proyecto serbo-yugoslavo en uno exclusivamente serbio, Milosevic transformó también el EPY en un

ejército serbio. Eslovenia y Croacia, que veían en el EPY el último gran peligro de una posible dictadura militar en todo el territorio de la antigua Yugoslavia, le hicieron un favor inestimable; afirmaron que el ejército era enteramente serbio, lo cual no era cierto, y provocaron incidentes con el EPY que condujeron a acusaciones contra Croacia y Eslovenia (lo que para ellas confirmaba a su vez que el EPY era serbio).

En el otoño de 1992 el proyecto de Milosevic se encontraba en una fase caracterizada por los siguientes elementos:

- los territorios bajo control político-militar serbio estaban organizados básicamente como una federación de Estados serbios

- ninguno de esos Estados gozaba de reconocimiento internacional

- la «comunidad internacional» le había adjudicado a los serbios toda la culpa por la desintegración de Yugoslavia y por la guerra

- la presión política y económica sobre Milosevic respondía a principios que aseguraban que esa presión aumentaría paralelamente a la demanda de concesiones por parte de Milosevic.

El punto más débil del proyecto, por ser totalmente irreal, era la esperanza pocas veces declarada por Milosevic de que la «comunidad internacional» daría su visto bueno a la nueva realidad yugoslava como una consecuencia de la separación de las cuatro antiguas repúblicas, es decir, que reconocería a la existente federación de Estado serbios (Serbia, Montenegro, la República Serbia de Bosnia y la República Serbia de Krajina) como la antigua Yugoslavia con nuevas fronteras. Con esto Milosevic quería alcanzar dos cosas: 1) quedar absuelto de cualquier responsabilidad por la guerra; 2) que su nuevo Estado yugoslavo fuese así el heredero legal de la Yugoslavia de Tito. Por eso el presidente serbio rehuyó formular un objetivo político claro y prefirió jugar al póker.

Decidido a capitalizar de esa forma la victoria militar de los serbios, Milosevic les dio a sus adversarios el espacio y el tiempo para desarrollar nuevas jugadas. Al mismo tiempo arrojó a los serbocroatas y a los serbobosnios a un estado de incertidumbre que significaba que tenían que hacer la guerra sin conocer las fronteras ni la estructura del Estado por el que luchaban. Su convicción de que la «comunidad internacional» iba a cambiar de opinión sólo comenzó a evaporarse a finales de 1993. A mediados de 1994 Milosevic arrió banderas e hizo una oferta según la cual los serbocroatas y serbobosnios permanecerían en Croacia y Bosnia-Herzegovina, pero gozando de autonomía a nivel federativo. La oferta no fue aceptada, ya que no tomaba en cuenta dos elementos de los siempre cambiantes «compromisos de intereses de las grandes potencias», que se habían materializado y solidificado en el ínterin:

- el deseo de impedir el surgimiento de un Estado musulmán en Europa (la guerra croata-musulmana había puesto en evidencia que en el territorio de Bosnia-Herzegovina había tres jefaturas y tres ejércitos, un factor que sólo se había captado marginalmente en la creación de una federación croata-musulmana)

- la petición de que se estableciera con absoluta claridad que los serbios estaban vencidos.

La aceptación del plan del Grupo de Contacto por parte de Milosevic, y su desavenencia con los serbobosnios que se habían negado a firmar el plan, hizo surgir la impresión de que se había encontrado una solución definitiva y de que finalmente Milosevic se había declarado de acuerdo con «el compromiso de intereses de las grandes potencias», mientras Karadzic y los serbobosnios habían quedado aislados. Esa impresión sólo pudo surgir porque se obvió el hecho de que la aceptación de ese plan era solamente una condición para la negociación que tendría que venir después y en la cual tanto Milosevic como la «comunidad internacional» tendrían suficiente margen de juego para nuevas exigencias y para revocar acuerdos previos.

La primera firma de Milosevic trajo la eliminación de Karadzic como jefe (de negociaciones) de los serbios y el mantenimiento de Bosnia-Herzegovina como Estado federal, es decir: 1) una clara demostración de la derrota de los serbios y 2) protección contra el surgimiento de un Estado musulmán en Europa. Era así puesto que se convenía en un fraccionamiento del territorio bosnio-herzegovino de manera que sus partes sólo pudieran funcionar en un proyecto estatal federal. Pero para seducir a los serbobosnios se hizo énfasis en que el plan del Grupo de Contacto no reglamentaría el orden político interno de Bosnia-Herzegovina y que se dejaría en manos de los serbios, croatas y musulmanes el ponerse de acuerdo sobre rectificaciones territoriales.

Sin embargo, independientemente de cualquier suceso posterior, una firma de Karadzic habría significado inevitablemente su autoinmolación, y por cierto en todas las variantes posibles. Si la mayoría de los serbobosnios hubiera estado en contra de esa firma, Karadzic habría sido destituido simplemente. Si sólo la mitad de los serbios de Bosnia hubiera estado de acuerdo, se habría producido una división de los serbobosnios, lo cual habría aprovechado Milosevic para –usando la consigna de la lucha por la unidad de todos los serbios– poner a Karadzic fuera de combate como causante de la división, y sustituirlo por uno de sus hombres. El final de Karadzic habría sido igualmente inevitable si todos los serbobosnios hubieran aprobado el plan del Grupo de Contacto. De haberse demostrado que no tenían conciencia de lo que estaban aceptando, habrían destituido a su líder por engaño. Pero de haberse

tratado de un respaldo conciente del plan, entonces habría sido inevitable un sacrificio de Karadzic por razones de la paz del futuro: porque para que pudiera funcionar una Bosnia-Herzegovina federal «los pueblos tendrían que reconciliarse» y ello sería imposible sin un castigo a los criminales de guerra. Sin duda Karadzic habría sido un procesado ideal: Milosevic habría podido lavarse de «la culpa serbia», y la «comunidad internacional» habría podido justificar su afirmación de que los serbios tenían toda la culpa en Bosnia.

Pero Milosevic ni pudo ni puede derribar a Karadzic porque el líder de los serbobosnios aprovecha hábilmente el hecho de que el «líder de todos los serbios» conduce una política sin un objetivo político claramente definido. Mientras Milosevic no diga explícita y públicamente el destino que le asigna a los serbobosnios, éstos van a apoyar sin reservas a Karadzic, quien les ofrece la seguridad de que no serán traicionados y vendidos. El temor de los serbobosnios a tener que vivir en un Estado de Izetbegovic es tan grande, que están dispuestos a morir en una guerra incluso contra el mundo entero. Ese es un hecho que tanto Milosevic como la «comunidad internacional» pasan por alto negligentemente, pero que explica la fortaleza de la posición de Karadzic entre los serbios de Bosnia.

Aunque es evidente que la falta de un objetivo político es la causa principal del fracaso de Milosevic en las negociaciones con la «comunidad internacional» y en la lucha contra Karadzic, el presidente serbio no desiste de la estrategia iniciada. Ni siquiera lo hizo retroceder el hecho de que tuviera que reducir su proyecto a una autonomía federal de los serbobosnios y serbocroatas dentro de Bosnia-Herzegovina y Croacia.

Los fracasos del plan de Grupo de Contacto obligaron a Milosevic a hacer otras concesiones. Concretamente, para conservar la posición de líder negociador de todos los serbios tuvo que demostrar que era capaz de hacer realidad los acuerdos. Como el mencionado handicap, o sea, la carencia de un objetivo político claro, le impide conseguir concesiones para los serbobosnios y serbocroatas por medios políticos, se puede partir de que a Milosevic no le quedó otra cosa que aprovechar su poder para un cambio de la situación militar. La ocupación militar de la Krajina por Tudjman sería entonces la primera prueba de que Milosevic está en condiciones de poner en práctica indirectamente las concesiones políticas acordadas –incluso mediante un cambio de la situación militar. Aunque el plan Vance-Owen firmado por Milosevic y los serbocroatas lo obligaría de hecho a proteger militarmente a los serbocroatas, Milosevic no sólo les ha negado cualquier ayuda militar, sino que también hizo todo lo posible para que la dirigencia de los serbocroatas, que le es leal, quedara inhabilitada y desunida.

El caso de Srebrenica y Zepa, aceptado sin mayor agitación, sería una concesión de la «comunidad internacional» a Milosevic (bajo el aspecto

de una política de concesiones encubiertas), con la cual él podría convencer a los serbobosnios de que está en condiciones de garantizar cualquier acuerdo, y de que sólo mediante concesiones territoriales se puede llegar a un compromiso político con la «comunidad internacional». Visto así, el caso de Bosanko Grahovo y Glamoc, que ocurrió sin grandes operaciones militares y que es una condición para la entrega también relativamente pacífica de la Krajina en Croacia, muestra que indirectamente la dirigencia de los serbobosnios ha aceptado la nueva estrategia de Milosevic, y a él como líder, al menos por un tiempo.

Que el caso de la Krajina produciría un éxodo de los serbocroatas y significaría un golpe para la conciencia nacional del pueblo serbio no podía haber dejado de estar claro para todos los actores involucrados en el convenio, o sea, también para Milosevic y Karadzic. Los nuevos acontecimientos en el frente bosnio demostrarán si la reciente disputa entre ambos, en la cual directa o indirectamente se culpan uno a otro de la pérdida de la Krajina, es porque quieren rehuir la responsabilidad propia, o si Karadzic se distancia repentinamente de los acuerdos que le podrían haber traído Srebrenica y Zepa.

Con el asunto de la Krajina, Milosevic podría haberle ofrecido a la «comunidad internacional» la prueba de que él es un juez justo que ejecuta sus sentencias –Tujdman recibió su Estado con los límites que él reconoció (la restante Eslovenia oriental se le entregará a Croacia o se transformará en un territorio croata autónomo)– y que la guerra castigó a los serbios militar y políticamente. Todavía no está claro lo que podría recibir Milosevic a cambio. Su única carta verdadera, con la que puede obligar a la «comunidad internacional» a cumplir lo prometido, es su poder de llevar a Serbia a la guerra, destruyéndolo todo y causando una situación política y militar totalmente nueva.

La utilidad del asunto de la Krajina para Karadzic es todavía más evidente. Los serbobosnios están ahora más motivados y son más fuertes; ha disminuido un poco la presión sobre ellos como únicos criminales de guerra y en todo caso ahora están más vigilantes ante Milosevic. Pero con esos cambios se devela también el problema oculto y para nada inocuo de la incompatibilidad de las visiones de Karadzic y Milosevic sobre un organismo político serbio. Karadzic es un anticomunista que logró abolir la división histórica de los serbobosnios en chetniks y partisanos, fortalecer nuevamente la influencia de la iglesia ortodoxa y desmantelar todas las instituciones comunistas. Eso le ganó no poca estimación también en Serbia.

Milosevic es un producto y un representante del poder autoritario, para el que la nación y el nacionalismo representan solamente uno de los instrumentos de dominación. Puede gobernar con éxito en un Estado de los serbios, pero no en un Estado serbio. Esa es la razón principal de que

se rehúse a definir políticamente su proyecto, aún a costa de grandes perjuicios. Y es que si definiera políticamente su proyecto, tendría que decidirse, o bien por un gran Estado serbio o por una federación de Estados serbios. Lo paradójico de la forma como Milosevic trata «la cuestión serbia» es que la interpreta y trata de resolver básicamente como si se tratara de una cuestión que no es nacional.

Las aflicciones de los serbocroatas hacen muy posible una alianza entre las fuerzas nacionales en Serbia y los serbobosnios. Si los serbobosnios sufrieran grandes derrotas militares, se puede contar con una grave sublevación contra Milosevic en Serbia. Como Milosevic también está preparado para esa posibilidad, uno de los posibles epílogos del proyecto de formación de Estado de Milosevic podría ser una guerra civil en Serbia.

Bosnia-Herzegovina

La Yugoslavia de Tito es la patria de la nación musulmana yugoslava: allí fue reconocida y convertida en un pueblo nacional. Si por esa razón se llama a Tito «madre de los musulmanes», entonces Alija Izetbegovic, el protagonista del primer proyecto musulmán de formación de Estado, merece el título de «padre».

El programa del SDA (Stranke Demokratste Akcije o Partido de Acción Democrática), el primer partido nacional musulmán, fundado por Izetbegovic en 1990 y cuyos elementos lo caracterizan como un movimiento amplio, fue la plataforma para el proyecto de un Estado unitario Bosnia-Herzegovina. Sin embargo, se trata de una estructura estatal que con el tiempo habría de conducir inevitablemente a un dominio musulmán en Bosnia-Herzegovina. Después de la victoria electoral de los tres partidos nacionales en noviembre de ese mismo año, esa plataforma se hizo realidad automáticamente, pues los comunistas estructuraron Bosnia-Herzegovina centralmente y el SDA, como el partido nacional más poderoso, no permitió ninguna enmienda de la constitución que pudiera tocar esa estructura.

Sin la institución de un veto que como mecanismo único hubiera garantizado la igualdad de derechos de los diferentes intereses nacionales, fue posible que todo un pueblo «perdiera por mayoría de votos». Exactamente eso fue lo que pasó también cuando se votó la convocatoria de un referéndum para la independencia de Bosnia-Herzegovina –los delegados musulmanes y croatas aplastaron con sus votos a los representantes serbios. Eso significó que en las cuestiones más importantes de Bosnia-Herzegovina, a saber, la permanencia en la comunidad yugoslava o la separación, no se tomó en consideración la voluntad de uno de los tres pueblos nacionales.

Por otra parte, los procesos demográficos en Bosnia-Herzegovina indicaban que en un tiempo no lejano el grupo poblacional de los musulmanes (en cualquier caso el más fuerte) representaría la mayoría absoluta: mientras la tasa de nacimiento de los serbobosnios y serbocroatas disminuía dramáticamente, la de los musulmanes experimentaba un crecimiento constante. Además la migración de los serbobosnios y serbocroatas a Serbia y Croacia aumentó mucho en los años 70 y 80, mientras muchos musulmanes de otras repúblicas yugoslavas se mudaban a Bosnia-Herzegovina.

Para alcanzar más rápido el deseado predominio y mayoría musulmanes en los territorios individuales, en diciembre de 1991 el congreso del SDA acordó poblar con musulmanes, y a la brevedad posible, la faja desde Sarajevo hasta la frontera de Bosnia-Herzegovina en el territorio de Sandzschak, una zona habitada mayoritariamente por musulmanes pero que pertenece a Serbia y Montenegro. Por otra parte, según datos oficiales de la Unión de Musulmanes de Sandzschak, diariamente llegaban a Sarajevo 200 miembros de su pueblo de Serbia y Montenegro para residenciarse en esa ciudad. Algunos días esa cifra aumentaba a más de 1.000.

El concepto generalizado en la opinión pública occidental, de que Alija Izetbegovic deseaba y desea que Bosnia-Herzegovina sea un Estado de tres pueblos con los mismos derechos, no se corresponde con la realidad. Contra esa opinión tenemos que:

- Izetbegovic ha rechazado toda petición que significara la introducción de una igualdad de derechos institucional para los tres pueblos (por ejemplo, la petición de los serbios de que en el parlamento bosnio-herzegovino se instalara un Consejo Nacional)

- en mayo de 1992 los serbobosnios aceptaron los acuerdos de Lisboa y se declararon dispuestos (contra su intención original) a permanecer en un Estado de Bosnia-Herzegovina organizado en forma cantonal. Pero apenas horas después de firmar el acuerdo, Izetbegovic retiró su firma –a sabiendas de que así habría guerra.

Cuando se tuvo la certeza de que Eslovenia y Croacia recibirían el respaldo internacional para su separación e independencia, Izetbegovic ordenó su estrategia política con un objetivo único, a saber, asegurar el reconocimiento internacional de Bosnia-Herzegovina. En eso tuvo éxito rápidamente y sin problemas porque el «compromiso de intereses de las grandes potencias» ignoró aspectos importantes de la realidad bosnio-herzegovina:

- que una de las tres naciones estaba en principio en contra de la separación de Yugoslavia

- que Bosnia-Herzegovina no llenaba ninguno de los tres requisitos señalados para el reconocimiento (un territorio, un gobierno, una población)

- que la estructura política interna estaba constituida de tal forma que no se podía cambiar sin la decisión de Izetbegovic (es decir, sin el SDA), lo que aseguraba el predominio de los musulmanes.

Los croatas de Bosnia se adhirieron al punto de vista de los serbobosnios 24 horas antes de la votación sobre el referéndum, pero cambiaron de opinión después de una directiva inesperada de Tudjman, producto del pacto con Izetbegovic (la posterior guerra croata-musulmana y el ulteriormente malogrado «matrimonio federal» de los croatas bosnios y los musulmanes han comprobado que los croatas de Bosnia nunca renunciaron a su proyecto de un Estado propio en Bosnia-Herzegovina y que no quieren permanecer a ningún precio en el Estado de Izetbegovic).

Otra idea muy generalizada en la opinión pública de Occidente, que Izetbegovic no quería ninguna guerra y que no se había preparado para ella, se basa en el hecho de que los serbios eran muy superiores militarmente y el pueblo musulmán es el que mayores aflicciones ha sufrido. Pero otras circunstancias sugieren otras conclusiones. Aunque era el presidente de la Presidencia del Estado, casi un año antes de la guerra Alija Izetbegovic fundó una unidad militar musulmana secreta, la «Liga Patriótica», que seis meses más tarde contaba ya con cien mil soldados. Hoy en día es posible leer esos datos en los libros de texto del Estado que gobierna Izetbegovic, como parte de la historia de los musulmanes bosnios. De por sí es problemático que el máximo representante de un Estado multinacional forme un ejército nacional secreto, pero para el tema que nos ocupa las razones de esa acción son decisivas. Como no se hacía ninguna ilusión sobre el hecho de que los serbios eran superiores en el aspecto militar, Izetbegovic basó su táctica en primer lugar en provocar a los serbios a una acción militar lo más inmediata posible, en segundo lugar en presentar la Liga Patriótica como un movimiento de resistencia de todos los ciudadanos, y en tercer lugar en procurar una intervención militar internacional contra los serbios de Bosnia.

Las primeras víctimas de la guerra en Bosnia-Herzegovina fueron civiles serbobosnios. En marzo de 1992, en Sijekovac cerca de Bosanki Brod, once serbios fueron asesinados y 30 casas serbias incendiadas. Un año después se celebró el aniversario de ese hecho como la primera victoria de la Liga Patriótica en la lucha contra el agresor. En ese mismo mes, es decir, cuando todavía no había comenzado oficialmente la guerra, dispararon contra personas que celebraran una boda serbia en Sarajevo, muriendo el padre del novio y resultando herido el sacerdote. Unos meses

después, el asesino fue proclamado héroe nacional por ese crimen, sobre el que incluso se rodó una película. Cuando el 6 de abril de 1992 dispararon contra una manifestación de 10.000 ciudadanos, que se habían reunido frente al parlamento en Sarajevo para pedir el relevo del gobierno de los tres partidos nacionales, los medios de comunicación occidentales difundieron la noticia de que los serbios habían disparado contra una muchedumbre, iniciando la guerra. Sin embargo, tomas de la televisora de Sarajevo y de la BBC muestran claramente que también miembros de las «boinas verdes», una organización militar musulmana fundada en mayo de 1990, dispararon contra el pueblo. Es interesante que esas tomas nunca pudieran lograr mayor notoriedad.

Los acontecimientos mencionados no concuerdan con la imagen predominante de que Izetbegovic es un pacifista, una víctima y no un culpable. Si la mirada de la opinión pública occidental sobre Bosnia-Herzegovina hubiera sido imparcial, si no se le hubiera escapado también que Izetbegovic dijo sobre el referéndum de los serbios: «Por la soberanía de Bosnia-Herzegovina yo sacrificaría la paz, ¡pero nunca sacrificaría la soberanía de Bosnia-Herzegovina por la paz!»

Izetbegovic logró los dos primeros objetivos fácil y rápidamente, es decir, provocó a los serbios a la guerra y creó la imagen de que esa guerra era una lucha de los ciudadanos de Bosnia-Herzegovina contra un agresor que los invadía desde Serbia y Montenegro. Sólo después de dos años de guerra la opinión pública internacional se enteró de que los agresores son en realidad serbobosnios que tienen más tiempo viviendo en Bosnia-Herzegovina que los musulmanes.

Sin embargo, el plan de Izetbegovic de lograr una intervención militar internacional no trajo los resultados deseados. El terrible destino de los civiles era la carta más importantes de Izetbegovic en ese juego. Pero como líder del pueblo musulmán él mismo tenía una gran responsabilidad, cuando menos por la negativa a reconocer el acuerdo de Lisboa, que habría garantizado una Bosnia-Herzegovina independiente y la paz. Cuando a principios de 1993 los periodistas le preguntaron cómo soportaba él entonces la tragedia del pueblo musulmán, respondió: «Parece como si la guerra y todo eso fuera inevitable para formar nuestro pueblo».

Con el tiempo Izetbegovic eliminó también de su proyecto todo elemento «multinacional», de manera que ya para comienzos de 1994 se había convertido en el proyecto de un pueblo musulmán. Para que eso le quedara claro también a su pueblo, Izetbegovic declaró lo siguiente en un discurso programático a la nación en marzo de 1994: «La convivencia multinacional es una mentira. Nuestros soldados no mueren por la convivencia multinacional, sino por su pueblo y por su Estado».

Sin duda Izetbegovic está conciente de que Occidente no quiere ningún Estado musulmán en Europa. Su disposición a establecer una alianza federativa con Tudjman es artificial, y se mantendrá hasta que se sepa lo suficientemente fuerte para abrir un frente contra los croatas. Dicho más claramente: Izetbegovic está obligado a obedecer a Occidente porque éste lo arma, alimenta a su pueblo y no permite que los serbobosnios le saquen provecho a la victoria. Pero en cuanto Occidente consiga un compromiso con los serbios, Izetbegovic va a arremeter contra los croatas, en lo cual el mundo islámico le reforzará las espaldas. Porque los serbios controlan sólo una parte del territorio con el que cuenta Izetbegovic, y la parte más grande y más importante se encuentra bajo control militar y político de los croatas. Además se trata de territorios que garantizan una salida al mar y así se impediría que serbios y croatas cercaran el Estado de Izetbegovic.

Macedonia y Montenegro

El proyecto de Estado macedonio terminó el mismo día en que el Estado macedonio, ya reconocido, recibió el ingrato pero legal nombre de «Antigua República Yugoslava de Macedonia».

Si se quiere llamar a cada cosa por su nombre, los nacionalistas macedonios fueron solamente ayudantes del más importante constructor del Estado, que en este caso se llama: «compromiso de intereses de las grandes potencias». En la fase final de la desintegración de Yugoslavia, la dirigencia macedonia de la época, encabezada por Kiro Gligorov, estaba totalmente bajo la influencia de los americanos. Mientras los estadounidenses tuvieron interés en la conservación de Yugoslavia, Gligorov hizo todo lo posible por estabilizar la situación, pero cuando cambiaron de opinión sobre la desintegración de Yugoslavia, también Macedonia pidió en seguida la independencia. Equiparar a Gligorov con Izetbegovic, como se hace habitualmente, no es justo, porque sin duda Gligorov es el único líder nacional que no ha atizado la guerra ni una sola vez con declaraciones políticas diarias. Por lo demás, fue el único que no tuvo ningún guardaespaldas, para no hablar de un ejército.

El abismo entre la visión de Gligorov de un futuro macedonio y la visión que propagaban los dirigentes de la población albana de Macedonia se convirtió en una amenaza creciente para la paz interna del país. Las peticiones albanas de estructurar a Macedonia como un Estado de dos nacionalidades, la macedonia y la albana, implican prácticamente una división en dos Estados dentro del Estado. La lista de peticiones incluye entre otras la implantación de dos idiomas oficiales y de escuelas y universidades albanas. Cumplir esas peticiones significaría prácticamente transformar a Macedonia en una federación. Al mismo tiempo, el proceso de territorialización nacional sigue avanzando –en el mapa étnico de Macedonia se reconocen cada vez más claramente las partes dominantes

macedonia y albana. Puesto que tarde o temprano la solución de la cuestión albana en los Balcanes va a entrar en la agenda, una Macedonia federativa estaría sometida a mayor presión, por lo que un compromiso subsiguiente sería una confederación de la parta albana de Macedonia con Albania. Gligorov está conciente de ese peligro y rechaza tenazmente todo lo que pueda conducir a una federalización.

El asunto de la relación de Macedonia con Grecia, Bulgaria y Serbia también va a implicar una escalada del problema albano. Mientras la existencia de la actual Macedonia sea del interés de los americanos, Gligorov estará en condición de resistir cualquier presión. Sin embargo, el estatus de «interés americano» no es eterno. A largo plazo Macedonia podría ser una fianza para una federación balcánica, pero también podría convertirse en una víctima de la satisfacción de intereses de «pueblos más importantes». A pesar de la sonoridad de las fuerzas nacionales que quieren separar a Montenegro y Serbia, hasta ahora no hay ninguna señal seria que indique la posibilidad de que Montenegro se separe ante una consumación del proyecto serbio de formación de Estado. También como Estado independiente Montenegro seguiría siendo un aliado fiel de Serbia, de manera que la cuestión montenegrina se puede considerar como un «problema interno de Serbia», fácil de solucionar.

Traducción: Nora López